



Democracia y burocracia en los partidos políticos

DURANTE los últimos meses hemos asistido a un proceso, ejemplar y frustrante al mismo tiempo, en el interior del Partido Socialista Obrero Español. Su secretario general, **Joaquín Almunia**, nada más ser nombrado para el cargo, tuvo una iniciativa insólita: convocar una elección entre los militantes de base para determinar quién debía ser el candidato socialista en las elecciones generales. Pudo haberlas convocado por una voluntad democrática poco frecuente o por creer que las urnas estaban cautivas y no harían otra cosa que corroborar —y por tanto añadir legitimidad— a su previa designación como secretario general, e implícitamente como candidato, promovida por **Felipe González** y los otros barones del partido. Poco importan los motivos de la convocatoria. Lo que importa son los hechos y los resultados. Y éstos son claros y aleccionadores: una medida democrática excelente provocó la elección inesperada de **José Borrell** y la introducción de una turbulencia de gran calibre dentro del PSOE.

*Inicialmente, los perdedores –el aparato del PSOE y en particular Almunia– no salían de su asombro, y se debatía entre ellos si debía o no dimitir su secretario. Por otra parte, se generó una nueva ilusión popular, el llamado **efecto Borrell**, que parecía llamado a liberar al PSOE de los demonios familiares –corrupción, GAL– a que estaba encadenado. La belleza del gesto democrático de las primarias se proponía como ejemplo a otros partidos, las encuestas hacían saltar la intención de voto socialista y una nueva ilusión invadía a miles de socialistas. Pero pronto empezaron a rechinar los muelles. Evidentemente, Borrell tiene peso específico, y Almunia también. El primero se agigantó tras el referendo de las urnas y el segundo conservaba intacta la fuerza del aparato. Surgió así la llamada **bicefalia** en la que menudearon las intrigas, los celos y las posiciones enfrentadas, con el consiguiente desconcierto entre los militantes y también en el electorado. La consecuencia de este **mandar dos**, que en opinión de **Rodríguez Ibarra** equivale a **no mandar ninguno**, empujaba al PSOE por un tobogán resbadalizo en el que cada vez era más difícil retornar a la cima: su oposición parlamentaria se hizo endeble y las posiciones manifestadas sobre temas clave eran contradictorias o llegaban a destiempo. La evidencia de que caminaban hacia el descalabro obligó a retornar a la práctica de un solo líder.*

***ESTA** reciente, esperanzada y decepcionante historia del PSOE nos ha hecho reflexionar sobre la naturaleza y efectos de la democracia en el interior de los partidos, de todos los partidos. El tema requeriría un largo estudio que, con toda seguridad, demostraría estas tres conclusiones:*

- 1. Los partidos no funcionan democráticamente.** El artículo 6 de la Constitución dice de ellos que «su*

estructura y su funcionamiento serán democráticos», pero esta afirmación es papel mojado. Las cúpulas administran el poder de modo prácticamente absoluto: ellas determinan quién y en qué orden entra en las listas electorales, quién debe acceder a un cargo u otro, qué hay que decir y cuándo, y hasta qué botón deben apretar en una votación. Es famosa la frase **quien se mueve no sale en la foto**, atribuida a **Alfonso Guerra**, pero atribuible a casi todos los dirigentes de todos los partidos.

Basta con que alguien exprese la mínima discrepancia para que sea automáticamente borrado de las listas. Este poder de la nomenclatura genera una burocracia servil que excede en celo a los jefes. Las comisiones de disciplina son barreras infranqueables para la disidencia. Se produce así un descarado **clientelismo**, con todas sus lacras: síndrome del funcionario, acriticismo respecto de los de arriba y cierto embotamiento inercial. Puede que, en el tránsito de la dictadura a la democracia, cuando era imprescindible reforzar los partidos, esta acumulación de poder en su cúpula fuera un mal menor necesario. De lo que estamos seguros es de que ahora no existe razón alguna para que se perpetúe este vicio contra la democracia.

ES verdad que los estatutos de todos los partidos prevén mecanismos democráticos para renovar sus ejecutivas, aprobar o censurar la gestión, garantizar los derechos individuales, dirimir los conflictos, etc., pero las sombras del poder interno son demasiado alargadas como para que no condicionen el funcionamiento de estos mecanismos. Si **Guerra** sale de la cúpula o si a **Marqués** se le expulsa no es porque esas decisiones sean democráticas, sino porque se han producido actos sancionadores del poder único o de quienes en ese momento son más poderosos que ellos en la organización. El déficit democrático es manifiesto en el

*funcionamiento habitual de los partidos. Alguien ha definido el poder de las ejecutivas, con exceso pero también con razón, como el **puño de Dios**, evocando el título que usó **Frederick Forsyth** para referirse al KGB.*

2. Viciado lo esencial, episodios aislados de funcionamiento democráticos, en lugar de fortalecer la cohesión interna de un partido, la deterioran. Es en esta clave en la que son entendibles las múltiples crisis que se han producido dentro de los partidos: el asunto Ormaechea en Cantabria, Marqués en Asturias, Barreiros en Galicia, De la Borbolla en Andalucía. Por eso se maldice a los tráfugas y se mantiene como doctrina oficial que el voto es del partido, no del candidato. Cualquier descosido de la forma única es resuelto en beneficio de la cohesión. Por eso el verdadero efecto Borrell es turbador, como si se introdujera un cuerpo extraño que los estómagos de los partidos no pueden digerir. La democracia tolera mal que la dividan: o funciona en todos los tramos o contribuye a descohesionar las organizaciones.

*La historia está llena de ejemplos en los que se demuestra que una cuña democrática en un tronco de absolutismo sólo produce contradicción. En este sentido, el famoso «centralismo democrático» de los partidos comunistas garantizaba la coherencia y todos ellos han entrado en crisis en el preciso momento en que se introdujo en ellos el **eurocomunismo**, una brisa de democracia simple -ni popular ni corporativa-. Lo mismo sucede en los partidos con funcionamiento patriarcal, como puede ser el PNV: el partido se mantiene muy cohesionado mientras la autoridad del patriarca y de los **birkides** es incontestada. Si alguien la somete a crítica o enarbola banderas alternativas, no cabe otra salida que la fragmentación del partido.*

En general, todos los partidos se debaten en la contradicción a corto plazo de tener que optar entre abrirse a un funcionamiento con garantías democráticas perdiendo cohesión, que equivale casi siempre a perder poder, o mantener la coherencia y el poder sin democratización. La forma habitual de resolver esta contradicción es optando por la cohesión en perjuicio de la democracia.

3. Aunque su democracia interna sea inexistente, los partidos producen democracia externa. *Es criticable, desde muchos puntos de vista, la acción de los partidos. Se puede decir de ellos que sesgan los mensajes, ocultan lo que no les va a dar votos, prometen lo que no pueden cumplir; se navajean entre ellos. Con todos los reparos que puedan ponerse a su funcionamiento, con todos los efectos negativos que también proyectan sobre el conjunto de la ciudadanía, es innegable que los partidos, aun viciados en su funcionamiento, son un activo esencial de la democracia. Sin la propuesta electoral realizada por los distintos partidos en cada elección, y muy particularmente en las últimas elecciones del País Vasco, el horizonte del pluralismo sería cada vez más estrecho. Los partidos han ofrecido cauces de expresión y estímulos para que la opinión pública saliera del letargo abstencionista.*

La propia maquinaria burocrática, tan esclerotizante de la democracia interna, produce efectos democráticos en los ciudadanos de a pie, militantes o no. Parece que todos ellos buscan antes sus intereses electorales que el bien común, que ofrecen ejemplos constantes de mezquindad. Son imperfectos, pero no disponemos de herramienta mejor para producir democracia. Se parecen a la mano invisible de Adam Smith que actúa para producir bienestar colectivo cuando cada ente u organización no busca más que su propio beneficio.

Como dice la Constitución, «los partidos políticos expresan el pluralismo político, concurren a la formación y manifestación de la voluntad popular y son instrumento fundamental para la participación política». De ellos podría decirse lo que solemos decir de la democracia: «es el peor de los regímenes, exceptuando todos los demás».